

NORA ROBERTS

En busca de un sueño



Laura Templeton ha crecido en el seno de una adinerada familia californiana. En su privilegiada atalaya, el único sueño que tiene desde que es adolescente parece simple y fácil de conseguir: un buen marido y una familia con salud. Y cuando Peter le propone matrimonio está segura de que su vida será perfecta. Pero su matrimonio no tarda mucho en tambalearse. Peter demuestra no ser ni el marido ni el padre que ella veía en sus sueños de juventud y decide divorciarse. Un sueño roto. Una vida rota. Y dos amigas que, una vez más, serán un apoyo primordial para que Laura, antes de levantar nuevos sueños de éxito y felicidad, consiga descubrir quién es ella en realidad.

Como ya hiciera en *Un sueño atrevido* y en *Compartir un sueño*, en la novela que cierra esta trilogía, Roberts nos enseña el verdadero valor de la familia, de la amistad y de los sueños.

Para los soñadores

PRÓLOGO

California, 1888

El trayecto era largo para recorrerlo en solitario. Felipe pensó que no solo se refería a los kilómetros que separaban San Diego de los acantilados de las afueras de Monterey, sino a los años, a tantos años transcurridos...

Antaño había sido lo bastante joven como para caminar con seguridad por las rocas, escalarlas e incluso hacer carreras. Desafiaba al destino, celebraba el embate del viento y la rompiente. En cierta ocasión, una primavera hasta los recovecos entre las piedras habían florecido para él. En aquel entonces había habido flores que cortó para Serafina y, con la visión nítida del anciano que contempla sus mocedades, recordó cuánto había reído la muchacha y cómo se había llevado las pequeñas y resistentes flores silvestres al pecho, cual si se tratase de preciosas rosas.

Ahora le fallaba la vista y tenía las piernas frágiles, pero no ocurría lo mismo con su memoria. Su penitencia consistía en ese recuerdo intenso y vital en un cuerpo viejo. La alegría que había encontrado en su vida siempre quedó salpicada por el tintineo de la risa de Serafina y la confianza que transmitían sus ojos oscuros... por su amor joven e incondicional.

En las más de cuatro décadas transcurridas desde que la había perdido, lo mismo que a la parte de sí mismo que encarnaba la inocencia, Felipe había aprendido a aceptar sus flaquezas. Había sido cobarde al huir del campo de batalla

en lugar de afrontar los horrores de la guerra al esconderse entre los muertos para no tener que empuñar la espada.

Claro que también había sido joven y que, en el caso de los jóvenes, esas actitudes deben perdonarse.

Había permitido que sus amigos y su familia creyesen que estaba muerto, que había caído como un guerrero... incluso como un héroe. Fueron la vergüenza y el orgullo los que lo llevaron a adoptar esa actitud. Pensándolo bien, la vergüenza y el orgullo no eran más que cuestiones sin importancia. La vida se componía de infinitos y pequeños obstáculos; de todos modos, jamás olvidaría que fueron la vergüenza y el orgullo los que acabaron con la vida de Serafina.

Cansado, se sentó en una piedra y aguzó el oído. Escuchó el rugido del agua que, más abajo, luchaba con los acantilados; oyó el penetrante reclamo de las gaviotas y el ímpetu del viento entre las hierbas invernales. Cuando cerró los ojos y abrió el corazón, notó que el aire era gélido.

Estuvo atento a Serafina.

Sería siempre joven: una bella muchacha de ojos oscuros que no había tenido la oportunidad de envejecer, de ser anciana como él ahora. Serafina no había esperado y, presa de la desesperación y el dolor, se había arrojado al mar. Felipe pensó que lo había hecho por amor, ya que la imprudente doncella no había vivido lo suficiente como para saber que nada dura eternamente.

Convencida de que su amado estaba muerto, Serafina había optado por morir, había arrojado su persona y su futuro a los acantilados.

La había llorado, bien sabía Dios que la había llorado, pero no había sido capaz de seguirla hasta las profundidades marinas. Por eso había viajado hacia el sur, renunciado a su apellido y a su hogar y emprendido otra existencia.

Había encontrado nuevamente el amor. No fue el primer y dulce arrebató de amor que había compartido con Serafina, sino un sentimiento sólido y firme, cimentado so-

bre los pequeños ladrillos de la confianza y la comprensión y sobre distintas ansias, tanto apacibles como arrolladoras.

Había hecho cuanto podía.

Había tenido hijos y nietos. Había vivido una existencia impregnada de las alegrías y las tristezas que conforman a los hombres. Había sobrevivido para amar a una mujer, formar una familia y cultivar el jardín. Estaba satisfecho con lo que había crecido a partir de su semilla.

Por otro lado, jamás había olvidado a la muchacha de la que se había enamorado... y a la que había arrastrado a la muerte. No había olvidado el sueño del futuro compartido ni la actitud dulce e inocente con la que se había entregado. Cuando se habían amado en secreto, tan jóvenes y pujantes, habían soñado con la vida que compartirían, el hogar que construirían con la dote de Serafina y los hijos que tendrían.

Fue entonces cuando estalló la guerra y Felipe la dejó para demostrar que era un hombre, pero solo demostró su cobardía.

Serafina había escondido su dote, el símbolo de esperanza que las jovencitas atesoran, para impedir que cayese en manos del enemigo. Felipe sabía perfectamente dónde estaba. Conocía bien a su Serafina: su forma de pensar, sus sentimientos, sus fuerzas y flaquezas. Cuando se fue de Monterey lo hizo con una mano delante y otra detrás, pero no se llevó el oro y las joyas que Serafina había ocultado.

Ahora que los sueños de la vejez habían plateado sus sienes, debilitado su vista y sobrevivido en sus huesos doloridos, Felipe rezó para que algún día una pareja de enamorados encontrase ese tesoro. También podían hallarlo los soñadores. Si era justo, Dios permitiría que Serafina escogiese. Daba igual lo que predicaba la Iglesia, Felipe se negaba a creer que, por haber cometido el pecado de suicidarse, Dios condenaría a una jovencita desolada.

No, seguramente estaría como la había dejado hacía más de cuarenta años en esos mismos acantilados. Sería

eternamente joven, hermosa y pletórica de esperanzas.

Sabía que no regresaría a ese lugar. Su penitencia prácticamente había tocado a su fin. Abrigaba la esperanza de que, al volver a verla, Serafina sonreiría y perdonaría su absurdo orgullo juvenil.

Felipe se puso en pie, se encorvó a causa del viento, se apoyó en el bastón para no perder el equilibrio y abandonó los acantilados rumbo a Serafina.

Se acercaba una tormenta que avanzaba desde el mar. Era una tormenta de verano, cargada de electricidad, luminosidad y rachas de viento. Ufana, Laura Templeton estaba sentada en una piedra y el brillo luminiscente la rodeaba. Las tormentas de verano eran las que más le gustaban.

No tardarían en regresar a Templeton House pero, de momento, se quedaría con sus dos mejores amigas a contemplar la tempestad. Laura tenía dieciséis años y era una adolescente delicada, de serenos ojos grises y pelo rubio brillante. También estaba llena de energía, como la más intensa de las tormentas.

—Me encantaría montar en el coche y conducir hasta el corazón de la tormenta. —Margo Sullivan rio. El viento era racheado y arreciaba—. Me metería en el centro mismo de la borrasca.

—Contigo al volante, ni se me ocurriría ir —se burló Kate Powell—. Solo hace una semana que te han dado el carnet y ya te has ganado la fama de temeraria.

—Estás celosa porque pasarán meses hasta que puedas conducir.

Kate se encogió de hombros porque sabía que era cierto. El viento agitó su corta melena negra. Aspiró una gran bocanada de aire porque le encantaba el modo en que se espesaba y se revolvió.

—Al menos estoy ahorrando para comprar un coche, en lugar de recortar fotos de Ferrari y de Jaguar.

—Para soñar hay que hacerlo a lo grande —espetó Margo, y frunció el ceño al detectar un araño casi imperceptible en la laca de uñas de tono coral—. Algún día tendré un Ferrari, un Porsche o lo que me apetezca. —Entrecerró con gran determinación sus ojos de color azul intenso—. No me conformaré con una cafetera de segunda mano, como harías tú.

Laura dejó que discutiesen. Podría haber puesto fin a las pullas, pero sabía que, lisa y llanamente, formaban parte de la amistad. Además, los coches le importaban un bledo. No es que le desagradase el estupendo descapotable que sus padres le habían regalado al cumplir dieciséis años, pero para ella todos los coches eran iguales.

Comprendió que, en su situación, todo resultaba más sencillo. Era hija de Thomas y Susan Templeton, dueños del imperio hotelero Templeton. Su hogar se alzaba a sus espaldas, en la colina, y resultaba asombroso con el cielo gris y encapotado de fondo. Se componía de algo más que piedra, madera y cristal; de algo más que torreones, terrazas, jardines exuberantes y el numeroso servicio que lo mantenía brillante.

Era un hogar en todo el sentido de la palabra.

La habían educado para comprender las responsabilidades que los privilegios conllevan. En su interior anidaba una gran pasión por la belleza y la simetría, y una profunda amabilidad. La acompañaban la necesidad de estar a la altura de las exigencias de los Templeton y de merecer cuanto había recibido al nacer. No solo se refería a la riqueza, algo que comprendía incluso a sus dieciséis años, sino al cariño de su familia y de sus amigos.

Sabía que Margo siempre se preocupaba a causa de las limitaciones. Se habían criado juntas en Templeton House, tan próximas como hermanas, pero Margo era la hija del ama de llaves.

Kate había llegado a Templeton House cuando sus padres murieron y se convirtió en una huérfana de ocho años.

Era querida, la familia la había incorporado y formaba parte de los Templeton tanto como Laura y Josh, su hermano mayor.

Laura, Margo y Kate estaban tan unidas como hermanas de sangre y puede que incluso más. De todas maneras, Laura jamás olvidaba que las responsabilidades de los Templeton recaían sobre sus hombros.

Imaginaba que algún día se enamoraría, se casaría y tendría hijos. Perpetuaría la tradición de los Templeton. El hombre que escogiera la cogería en brazos, la haría suya y todo sería como lo había soñado. Unidos construirían una vida, crearían un hogar y generarían un futuro tan refinado y perfecto como Templeton House.

A medida que se imaginaba la situación, los sueños florecieron en su corazón. Un delicado color arreboló sus mejillas al tiempo que el viento agitó sus rizos rubios.

—Laura vuelve a soñar —comentó Margo, y sonrió de oreja a oreja, por lo que su rostro atractivo se tornó espectacular.

—¿Vuelves a pensar en Serafina? —quiso saber Kate.

—¿Qué has dicho? —No estaba pensando en Serafina, pero en ese instante la recordó—. Me pregunto cuántas veces vino a los acantilados y soñó con la vida que deseaba compartir con Felipe.

—Murió en medio de una tormenta como la que se acerca. Estoy convencida de que fue así. —Margo miró hacia arriba—. Los relámpagos iluminaban el cielo y el viento aullaba.

—Por sí mismo, el suicidio ya es bastante dramático. —Kate arrancó una flor silvestre y giró el tallo regordete entre los dedos—. El resultado habría sido el mismo aunque el día hubiese sido perfecto, con cielo azul y sol radiante.

—Me gustaría saber qué se siente ante semejante pérdida —murmuró Laura—. Si alguna vez encontramos la dote, construiremos un mausoleo o algo parecido para recordarla.

—Yo pienso gastar mi parte en ropa, joyas y viajes. — Margo estiró los brazos y cruzó las manos a la altura de la nuca.

—Y en un año... o menos, ya no te quedará nada —replicó Kate—. Yo invertiré mi parte en la bolsa.

—La aburrida y previsible Kate... —Margo volvió la cabeza y sonrió a Laura—. Y tú, ¿qué harás? ¿En qué invertirás tu parte cuando encontremos la dote? Estoy absolutamente convencida de que un día daremos con ella.

—No lo sé. —Laura se preguntó qué harían su madre o su padre—. No lo sé —repitió—. Habrá que esperar y ver qué ocurre. —Contempló el mar y vio que la cortina de lluvia avanzaba paso a paso—. Es precisamente lo que Serafina no hizo. No se quedó a ver qué pasaba.

El lamento del viento fue como el llanto de una mujer.

Un relámpago atravesó el cielo como un tridente brillante y blanco que recorrió el encapotado manto de nubes. El retumbo del trueno sacudió el aire. Laura echó la cabeza hacia atrás y sonrió. Pensó que el poder, el peligro y la gloria estaban a punto de llegar.

Era lo que quería. Lo deseaba desde el rincón más recóndito y más íntimo de su corazón.

De pronto oyó el chirrido de los frenos, el latido colérico del animoso rock and roll y un grito impaciente:

—¿Os habéis vuelto locas? ¡Os estáis jugando la vida! —Joshua Templeton se asomó por la ventanilla del coche y miró al trío de muchachas con el ceño fruncido—. Subid inmediatamente.

—Aún no ha empezado a llover.

Laura se puso de pie. Miró a Josh, que era cuatro años mayor, y en ese momento lo vio tan parecido a su padre en pleno ataque de cabreo que a punto estuvo de desternillarse de risa, pero ya había visto quién lo acompañaba.

No tenía claro cómo sabía que Michael Fury era tan peligroso como la peor de las tormentas de verano, pero no le cabía la menor duda de que era así. Se trataba de algo

más que de los comentarios de Ann Sullivan sobre los alborotadores y los camorristas aunque, a decir verdad, la madre de Margo también tenía opiniones muy claras acerca de ese amigo de Josh.

Tal vez se debía a que llevaba el pelo oscuro demasiado largo y libre o a la pequeña cicatriz blanca que tenía justo encima de la ceja izquierda y que, según Josh, procedía de una herida sufrida en una pelea. Quizá tenía que ver con su aspecto sombrío, peligroso y un punto canalla. Laura pensó que parecía un ángel codicioso y se le agitó el pulso de inquietud. Michael Fury no dejaría de sonreír cuando estuviese de camino al infierno.

En su opinión, tenía que ver con sus ojos sorprendentemente azules y de mirada intensa, directa y penetrante.

La verdad es que no le gustaba la manera como Michael la miraba.

—Subid al maldito coche. —La impaciencia estuvo a punto de dominar a Josh—. A mamá estuvo a punto de darle un ataque cuando se dio cuenta de que habíais salido. Me juego el trasero si a cualquiera de vosotras os alcanza un rayo.

—Con lo bonito que lo tienes sería una desperdicio —espetó Margo, que siempre estaba dispuesta a coquetear. Pretendía dar celos a Josh, por lo que abrió la portezuela del lado donde estaba Michael—. Hay muy poco espacio. Michael, ¿te molesta que me siente sobre tus rodillas?

Michael dejó de mirar a Laura y sonrió a Margo. Dejó al descubierto los dientes, que iluminaron su rostro bronceado y de facciones definidas.

—Cielo, ponte a tus anchas. —Su voz sonó ronca y un poco brusca, y aceptó con toda naturalidad el peso de una mujer bien dispuesta.

—Michael, no sabía que habías vuelto. —Kate subió al asiento trasero y comprobó contrariada que había lugar más que suficiente para las tres.

—Estoy de permiso. —Michael la miró y volvió a ocuparse de Laura, que todavía titubeaba junto a la portezuela—. Dentro de un par de días me toca embarcar de nuevo.

—¡Vaya con la marina mercante! —Margo jugueteó con los cabellos de Michael—. Parece... parece muy peligrosa... y emocionante. ¿Tienes una mujer en cada puerto?

—Hago lo que puedo. —Cuando las primeras gotas de lluvia mojaron el parabrisas, Michael enarcó las cejas y se dirigió a Laura—: Cielo, ¿también quieres sentarte en mi regazo?

Desde la más tierna infancia Laura había aprendido a no perder jamás la dignidad. En lugar de responder, subió al coche y se sentó junto a Kate.

En cuanto la portezuela se cerró, Josh aceleró camino abajo y rodó por la colina rumbo a casa. Cuando la mirada de Laura se cruzó con la Michael en el retrovisor, la muchacha la desvió deliberadamente y luego volvió la cabeza hacia atrás para observar los acantilados y la morada de sus reconfortantes sueños.

1

El día de su decimoctavo cumpleaños Laura estaba enamorada. Sabía que podía considerarse afortunada de estar tan segura de sus sentimientos, de su futuro y del hombre con quien los compartiría.

Ese hombre se llamaba Peter Ridgeway y era todo aquello con lo que la muchacha había soñado: alto, apuesto, de pelo rubio dorado y sonrisa encantadora. Era un hombre que entendía de belleza, de música y de responsabilidades profesionales.

Desde que había escalado posiciones en la organización Templeton y lo habían trasladado a la sucursal californiana, Peter la había cortejado con una actitud destinada a conquistar su corazón romántico.

Le había enviado rosas en cajas blancas forradas con papel satinado y habían cenado en diversos restaurantes iluminados por la parpadeante luz de las velas. Habían sostenido conversaciones interminables sobre arte y literatura... e intercambiado en silencio miradas que expresaban mucho más que mil palabras. Habían paseado por el jardín a la luz de la luna y realizado largos recorridos en coche siguiendo la costa.

Laura no había tardado en enamorarse, si bien fue un proceso paulatino, una caída sin golpes ni arañazos. En su opinión, había sido como deslizarse lentamente por un túnel forrado con seda para llegar a unos brazos que la aguardaban.

Es posible que, con veintisiete años, Peter fuese algo mayor de lo que a sus padres les habría gustado y ella ex-

cesivamente joven, pero era un hombre tan impecable y perfecto que la diferencia de edad no tenía la menor importancia. Nadie de su edad tenía el refinamiento, los conocimientos o la serena paciencia de Peter Ridgeway.

Además, estaba perdidamente enamorada.

Con gran delicadeza, Peter se había referido indirectamente al matrimonio. Laura interpretó que era la manera de concederle tiempo para pensarlo. Ojalá supiera cómo hacerle saber que ya lo había pensado y decidido que era el hombre con el que quería compartir su vida.

Laura llegó a la conclusión de que, en el caso de un hombre como Peter, era él quien tenía que dar los primeros pasos y tomar las decisiones.

Estaba segura de que tenían tiempo, todo el tiempo del mundo. Y esa noche Peter estaría presente en su fiesta de cumpleaños. Bailaría con él. Se sentiría como una princesa gracias al vestido azul cielo que había elegido porque hacía juego con el tono de los ojos de Peter; mejor dicho, se sentiría como una mujer.

Se vistió lentamente e intentó saborear cada instante de los preparativos. Pensó que a partir de ese día todo sería distinto. Su dormitorio le había parecido el de siempre cuando por la mañana abrió los ojos. Las paredes seguían cubiertas por los minúsculos pimpollos de rosa de toda la vida. El sol invernal todavía se colaba por las ventanas y se filtraba a través de las cortinas de encaje como tantas otras mañanas de enero.

Claro que ahora todo era distinto... porque ella había cambiado.

Contempló su habitación con ojos de mujer. Apreció las líneas elegantes de la cómoda de Chippendale, de caoba brillante, que había pertenecido a su abuela. Acarició el bonito conjunto de cepillos de plata, regalo de cumpleaños de Margo, y estudió los pintorescos y frívolos frascos de perfume que había comenzado a coleccionar en la adolescencia.

Miró la cama en la que había dormido y soñado desde la más tierna infancia: el lecho alto, con cuatro columnas, también de Chippendale y con el elegante dosel de encaje de Bretaña. Las puertas del balcón estaban abiertas para que entrasen los sonidos y los aromas del atardecer. El asiento junto a la ventana, en el que se hacía un ovillo para soñar con los acantilados, estaba lleno de almohadones.

Las llamas ardían apaciblemente en la chimenea de mármol con vetas rosadas. Sobre la repisa descansaban varias fotos con marcos de plata y los delicados portavelas, también de plata, con las velas finas y blancas que por la noche le encantaba encender. También estaba allí el florero de cristal de Dresden con la rosa blanca que Peter le había enviado esa misma mañana.

Contempló el escritorio en el que había estudiado mientras cursó el bachillerato y en el que lo seguiría haciendo durante lo que le quedaba del último año.

Mientras pasaba la mano por el escritorio, se dijo que, por extraño que pareciese, no se sentía como una estudiante de instituto. Tenía la sensación de que era mucho mayor que la gente de su edad, mucho más sensata y segura del rumbo que había tomado.

Pensó que ésa era la habitación de su infancia, de su adolescencia y de sus amores. Templeton House también era el hogar de sus amores. Aunque sabía que nunca quería tanto otra morada, estaba dispuesta e incluso impaciente por construir un nuevo hogar con el hombre del que se había enamorado.

Finalmente se dio la vuelta y se miró en el espejo de cuerpo entero. Sonrió. Se dio cuenta de que no se había equivocado con la elección del vestido. Las líneas sencillas y discretas se adecuaban a su cuerpo menudo. El escote, las mangas largas y ahusadas, la columna recta de la falda que descendía y se ponía a coquetear con sus tobillos... el conjunto era clásico, digno y perfecto para una mujer que estaba a la altura de las exigencias de Peter Ridgeway.